

A. V. D. R.
Alejandro Andrade Coello

AL MARGEN

BIBLIOTECA NACIONAL

L. 48-3is-2-81

Folleto - 3 -

Quito-Ecuador

DE

El Camino de Paros



IMPRENTA MEJIA

1919

Este Libro es propiedad de la Biblioteca
Nacional de la Casa de la Cultura
Su Venta es penada por la Ley

E-810-ANDR

FLAR.
2080

BIBLIOTECA NACIONAL QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
Nº <u>412102</u>	AÑO <u>9. 809</u>
PRECIO _____	DONACION _____

AL MARGEN DE *Fichas 7-14.485*

El Camino de Paros

SE DETUVO A REFLEXIONAR

Alejandro Andrade Coello

BIBLIOTECA NACIONAL QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
Nº <u>0268</u>	AÑO <u>1986</u>
P. ELI _____	DONACION _____

Al Margen de "El Camino de Paros"

I

¡El Camino de Paros! ¡El exilio sin regreso!....

Fue la ruta postrera del maestro. Comprende la selección póstuma dos partes: «Meditaciones» y «Andanzas». En la primera, el artista delicado cede la palabra al educador sutil que nos está dando lecciones sobre los enormes factores del progreso humano como el diario y el libro, sobre los poderosos vínculos de la patria, a saber: la lengua y la raza; sobre héroes americanos como Artigas y nobles causas del derecho como la Bélgica invadida.

Los editores coleccionaron estos artículos—y probablemente quedó algo inédito—publicados en folletos, diarios y revistas, entre ellas *Caras y Caretas*; pero se les pasó en alto que *Mi retablo de Navidad* consta en *El Mirador de Próspero*, Bélgica es un hermoso discurso que salió por separado en opúsculo, en 1915, y hoy se lo da en otra forma. También

repiten el artículo *Decir las cosas bien* del citado libro, pero lo dan con el título de *En un álbum*.

Las obras de Rodó son emporio de alta didáctica. El nos ha enseñado a meditar en las transformaciones de la vida, nos ha enardecido con elocuentes parábolas de bella pedagogía, nos ha ilustrado con recónditos rasgos de la historia, sin olvidar, este ilustre uruguayo, los hombres y cosas de la América.

En la segunda parte, está fijada la impresión artística de sus viajes por tierras de Portugal, España e Italia, por campos de serenos recuerdos estéticos y por llanuras desoladas a causa de la tragedia europea.

El estilo, como suyo, es inconfundible, ya describa correrías por museos y ciudades de recuerdos, ya ponga cátedra docente al discutir sobre la literatura posterior a la guerra. «Los que esperan, o temen, decía, una literatura de penacho heroico, patriótica en el tono guerrero, narradora y soñadora de batallas, es probable que acierten en cuanto a la inmediata y transitoria repercusión que esta tremenda realidad que presenciamos tendrá en el despertar de la imaginación humana; pero es casi seguro que se equivoquen, si entienden que eso puede ser el carácter duradero de la evolución literaria en que verdaderamente trascenderá la obra social y espiritual de la guerra. Asistiremos a una explosión estruendosa y fulgurante de lirismo nacional y de narraciones épicas, de pasión y orgullo de patria y de alardes de fuerza y poder; pero nada de ello brotará de las hondas entrañas de la conciencia social, donde se preparan aquellas direcciones ideales capaces de prevalecer por largo tiempo y de marcar huella en el mundo. Será, por decirlo así, el «acto reflejo» con que la imaginación fascinada responderá a la primera impresión de la victoria. Pero el gran impulso de renova-

ción literaria que infaliblemente ha de sobrevenir, llegará más bien como reacción que como desenvolvimiento de esa fugaz literatura guerrera».

El Dr Manuel Domínguez, que nos ha pintado la inquieta figura del pensador Rafael Barret, tempranamente atormentado por la verdad social y el cáncer del pueblo paraguayo, y tempranamente también vencido por la incurable tisis, pondera su primor de estilo. ¡«Dicción cincelada con infinito cuidado! Los que no pulen su estilo mueren sin producir una frase eterna. El verdadero artista sabe que «un vocablo mal colocado estropea el más hermoso pensamiento» e impide el contagio de la emoción divina, y que, al contrario, las palabras cobran una energía soberana cuando están soberanamente ordenadas. Ubicadas con astucia las palabras inspiradas y caerán rutilantes, temblorosas, como gotas de luz sobre el papel. Y Barret era maestro consumado en ese arte difícil». De él elogió Rodó su manera de narrar. «Ha enaltecido Ud., le escribía en carta fatima, la crónica sin quitarle amenidad ni sencillez. La ha dignificado Ud por el pensamiento, por la sensibilidad y por el estilo. Hay cronistas de fama europea que, escribiendo fuera del boulevard, no tendrían nada interesante que decir a nadie, y que, aun escribiendo desde el boulevard, son incapaces de comunicar a una página más que el interés efímero de la novedad que cuentan y comentan. Ud escribe desde una aldea de los trópicos, y para el público de Montevideo, y devolviendo en impresión personal los ecos tardíos de lo que pasa en el mundo, produce cosas capaces de interesar en todas partes y siempre, porque tienen una soberbia fuerza de personalidad».

Tal el estilo de Rodó: capital fue su preocupación de la forma, y ya nos habló admirablemente de su gesta maravillosa, del dolor del que exprime, como si fuese sangre de sus

venas, sus propias ideas, buscando, para interpretarlas, la palabra precisa, el giro adecuado, el epíteto sugestionador, el matiz conveniente.

Llamaráse literatura fortificante el género que él cultivó con férvida devoción artística. La robustez de sus conceptos pocas veces está compadeciéndose con ternuras desmayadas ni desencantamientos que enervan. Su poesía, fuertemente helénica, destella como alba alegre, prometedora de claridades regocijantes.

El libro *Almas en Pena*, de Björnstjerne Björnson derrama una dulce tristeza, una suave poesía como de tardes de Noruega, esboza costumbres patriarcales, reproduce canciones de la aldea, sonos de violín que aumentan la nota melancólica de las almas que padecen por el amor, como aquel buen muchacho Arno ansioso de lejanías, de un más allá cariñoso que él mismo no comprende. Nada de almas en pena en los capítulos rodonianos, burilados para supremos placeres intelectuales. Si no es otra cosa la vida que obscuro, insondable, misterioso piélago—imagen que han desarrollado filósofos y poetas,—Rodó la presenta como lago tranquilo, pleno de transparencias y decoraciones celestes. Son tantas las miserias de la humanidad, tan encontrados los hábitos y gustos, tan diversos sus corazones y sentimientos, tan opuestos su aspirar y creer, que la vida se epiloga con esta dicción: arcano. Buscar su solución natural y racional, magnificarla y mejorarla son tendencias de una literatura que alza su vuelo en vez de arrastrarse con las alas rotas.



II

Entre todos los seres organizados, inteligencia es supremacía que distingue y encumbra al hombre. Por ella, como aviador que dominara los espacios, se cierne por el mundo de las audacias inauditas y concepciones inmortales. Descubrámonos ante el que aprovecha ese dón en beneficio de sus semejantes.

Sabe el filósofo que la facultad de conocer se desenvuelve, ya por la adquisición de los objetos de la esfera real o de la ficticia (percepción externa), ya por la conservación y reproducción de los mismos (memoria), ya por combinación (asociación de las ideas e imaginación), ya por la elaboración (juicio, abstracción, generalización, raciocinio).

Subordnanse todos estos actos de la inteligencia a la ley de la identidad, que tantas aplicaciones tiene en la ciencia y en el arte.

En literatura, por ejemplo, el estudio sincrónico de la historia, el paralelo, el símil, los tropos, la fábula, etc., son operaciones de identidad.

Si es afán de la ciencia pedagógica moderna el armónico desarrollo de los estados de conciencia, no lo es menos de la literatura que entra en el alma a revelarla y detenerse en su análisis.

En vano se ha deprimido a la memoria. Ella ensancha la esfera del saber. La memo-

ria es vida. Tanto en las ciencias exactas como en las especulativas, es indispensable cultivarla. Fórmulas, tecnicismos, nomenclaturas, imágenes, comparaciones, figuras descriptivas, todos son actos de la memoria. Comprender una cosa sin recordarla no sirve de nada.

En literatura es sobre todo requisito indispensable para el orador que lleva caudal de conocimientos, de citas, de fechas, de argumentos, es decir, caudal memorístico. La fuerza descriptiva está en relación directa de la memoria, que es una de las más importantes funciones del espíritu. La mayoría de las escenas de la vida se reduce a conservar o reproducir algo, es decir, a los actos de la memoria. Este fenómeno psicológico, alma de la existencia, presta en la práctica tan importantes servicios como el talento y aun lo simula. Infeliz del que nada recuerda, del que no enlaza su juicio presente con el pasado, mediante el imperio de su yo. La asociación de las ideas es fenómeno del despertar retentivo: un hecho recuerda otro análogo. ¡Cuántos tropos y figuras literarias se fundan en esto! Un recuerdo intenso vigoriza al pensamiento. A veces, cuando es insistente, llega a la alucinación y la locura.

La memoria es de varias clases: motora, locativa, auditiva, numérica, nominal, etc. No en todos los individuos se desarrolla en igual grado: unos tienen asombrosa facilidad para recordar fechas, otros para revivir los lugares por donde pasaron, quienes para citar nombres, quienes números, al dictado; éstos la hacen fuente de la que manando están muchas ideas; aquéllos fotografían de imágenes, cuadros y paisajes.

El detalle más insignificante, el indicio más tenue, el ligero contraste, nos están probando que la memoria enlaza* unas ideas con otras: la paz nos remonta a la guerra, ésta a

las armas modernas, su consideración a la muerte y ruina, etc.

Fundamento de la producción literaria es la bella sugestión de las ideas por las ideas.

En la asociación de éstas halló Aristóteles relación de semejanza, contraste, oposición y contigüidad. Otros han visto relaciones fortuitas o accidentales y lógicas o esenciales. Por lo común, conducen las primeras al error, a la superstición, a los pensamientos fútiles y falsos; las segundas facilitan el ascenso a la razón, a la verdad, a la ciencia.

Así, al leer los viajes de Rodó, nos acordamos de múltiples instantes psíquicos, reproduciendo en nuestra mente asociaciones de ideas que no sospechábamos, reminiscencias consoladoras que nos aupan algunos codos sobre el nivel común, alusiones, temas, que van tomando contornos, que se condensan, que dejan su imperfecta vaguedad, remembranzas que subliman los años de estudio y de trabajo.

Rápidas pinceladas de firme pulso están acentuando aquí y allá anécdotas de hombres útiles a los demás, episodios de figuras americanas que destierran las tinieblas del rudo ambular mundanal. Nos forjamos la ilusión de haber revivido modernas vidas paralelas y frescos civilizadores, amables en el consejo, en la acción efíacésimos. Sobrios en los términos, generosos en la experiencia, parcios en la oratoria, arrojaron la última verdad, tras de combatidos sistemas, a despecho de las vacilaciones de la ignorancia. No obstante los pesimistas corolarios, recapitularon su sabiduría en esta fórmula: energía + sufrimiento = triunfo.

Insaciables de ideal, marchamos en busca de la estatua de Cesárea: nuestra imaginación la crea; pero quiere que la divina imagen nos entre por los ojos, que la borrada piedra

tome lineamientos fisonómicos, que la reconstrucción sea espléndida y victoriosa, como hija del amor. Soñemos, creamos. La realidad del despertar no borre el dulcísimo semblante que habíamos columbrado y nos devuelva, en cambio, un borroso monolito.

Un extraño misticismo, impreciso, indescriptible se apodera de nosotros. Como el erótico, el impulso místico es muy trillado y, por lo mismo, de difícil originalidad. Pero no es este género místico el que nos apresa. Es un sentimiento vaporoso, una voz que apenas llega de muy distante, como un eco que, en palabras entrecortadas, en sílabas inconexas, nos dijera: arrodillaos. Misticismo que, como el de Rodó, no es para todos. Cuando se barrunta que la originalidad está agotada en el arte místico, rara la prenda místico-pagana, mezcla de serenidad helénica y de fervor cristiano. Originalidad es secreto de vencimiento en el arte.

No nos aflijamos, con todo, por la escasez de inventiva: imitaciones abundan que han superado al modelo y que, con él, gracias a él, corren parejas en los campos de la inmortalidad, que conducen a la radiosa Paros, en pos de la mina insuperable.



III

El erotismo y el misticismo son corrientes que han inundado de cuentos, de fábulas, y sobre todo de versos, el Ecuador, mojado páginas de opúsculos, revistas y diarios.

Considerable número de cazadores del consonante copiaron al mejicano Manuel María Flores en el alambicamiento pasional, a Salvador Díaz Mirón en la soberbia de sus declamaciones, a Juan de Dios Peza, en la confianza y ternura del hogar, a Bécquer en la factura, aunque no en el sentimiento, a Luis de León, en el devoto alabar a la Virgen, en el religioso fervor y ansia del cielo, a Alberto Lista en las dolientes efusiones ante Jesús crucificado. Espronceda y Núñez de Arce, también muy perseguidos en el amor del uno y la duda del otro; en los cantos a Teresa del primero y la ironía contra Voltaire del segundo.

El temperamento místico llegó hasta la exageración y la locura en algunas regiones ecuatorianas. Díganlo, si no, los versos de *Xantipo* y los de Pasquel, para no citar millares. Casi no hay bardo juvenil y de provincia que no haya dedicado trovas a María, ni viejo que no haya gozado con su imagen, creyendo que no va perdida la flor que se pone en las benditas aras ni se apagan los amarillentos cirios que circundan las mismas. Florilegios, estatuas, loas, meses y semanas y días consagrados al dulce nombre de María, que hasta las aves pronuncian y nosotros aprendimos a berrear cuando guaguas. La tal obsesión tiene carac-

teres morbosos. ¡Qué mundo de lugares comunes para ir a llorar ante la faz sonriente de la esposa de José! Algunos glosaron y enriquecieron la letanía lauretana y otros, sin miserear gimoteos, se enternecieron y ablandaron tanto, hasta el artificio y la ridiculez, arañando la ronca lira y ponderando la pureza de azucena de la madre que fue traspasada por la aguda lanza, espada o daga del dolor insólito.

¡Cuán insuperable ser sinceros! Sentir y transmitir el mismo estado anímico; verse apesadumbrados y comunicar a los demás nuestra pesadumbre. Arrancar lágrimas a los otros, porque uno las ha vertido primero, es cumplir, al pie de la letra, el viejo horaciano consejo de *si vis me flere*, que constituye la esencia de las cosas bellas: sugerir emociones. No puede ser más natural y sabida la casera receta.

Corazones resfriados, temperamentos de mármol, espíritus escépticos, filósofos de agnósticos y opuestos credos se conmueven, con hondo sacudimiento, ante lo que expresa hermosura, vida, calor humano y legítima producción sincera. Por esto, gusta el misticismo de un Verdaguer, de un Ricardo León, de un Maragall, que con unción elogiaron a la palabra santificada.

Noveles poetas del Azuay, se han sentido encalabrinados por una nueva crisis mística: han vuelto a recordar los piadosos días de su infancia, en los que cándidamente versificaban cantigas para la Virgen. Con motivo del mes de Mayo, deploran las desdichas de toda su vida y murmuran una plegaria a María, contándole sus íntimos trabajos, se quejan de los que le guardan rencor, y dan a entender que quieren uno como miridato contra el pecado. Al añorar su prístina fe, se abrazan de la duda y sollozan porque ya no les ha quedado ni la esperanza. Jóvenes son los cantores de Ma-

ría, y aunque pasó su embalsamada primavera, no es tiempo todavía de que invoquen la cruda estación de las lluvias y del frío. Tan temprano ¿cómo suponer que «cargado de nieves el invierno» haya llegado ante sus puertas, a dejarles «sólo pesares, sólo espinas»? Verdad es que algunos han sufrido mucho y que, desde niños, saborearon la hiel de la orfandad; pero les quedan como consuelos su robusta juventud y su curiosidad intelectual. Otra alma delicada, María Natalia Vaca, nos habla del odio y del «veneno sutil de la venganza». ¿Qué seres impíos osaron aborrecerla, si es tan buena? Joven que sueña, mujer que se respeta, no se ha mezclado en las tristezas y fragores de la casera política y, cultivadora de las letras, no ha manchado su pluma en los diarios de partido, ni en la candente prensa que endiosa al caudillo que reparte empleos.

La composición a María, en el florido mes que el rito cristiano le destina, se condensa en esta estrofa final, que firmara Remigio Crespo, el de *Mi Poema*:

«¡Amor bendito de mi infancia, Madre,
Madre que sabes la amargura mía!
¿Por qué vivo muriendo, por qué vivo
Con mi vida de sombras todavía?»...

Este sentido interrogante, que recuerda las paradojas de Teresa de Jesús, es lo más intenso y efusivo del brote místico. Lo demás, envuelve una sola idea, empapada en lágrimas, que se reproduce y amplía, con riesgo tautológico, de principio a fin, como queja insistente, como repetida nota de dolor y de tristeza, expresados sin artificio. En su suave y sencilla redundancia, cinco veces llama en su ayuda a la palabra *dolor*, sin tomar en cuenta los diversos términos que emplea como sinónimos. La acción de llorar se amplifica igualmente. Varias ocasiones también, aunque no reclama compasión al mundo ni quie-



re que sepa su pesar, implora piedad, porque «fueron los males los que, rudos hiriéndole, formaron, del mal que entume el corazón, raudales». Torna entonces a desatar su llanto. En esta melancólica y religiosa alegoría, que a cada rato llama a la tristeza y a las sombras, hay algún concepto que por mí escasa penetración se me antoja obscuro o quizá profundo, por más que se le considere como simbólico.

«Ver que triunfe la noche!» . . .

Ignoro a qué alude, no sé qué noche sea la que le inspira tanto miedo, menos tenebrosa si es de luna y en ella se saluda a la doncella Diana o la casta Febea, estrecha connotada de tantos poetas. Debe de ser la noche de la impiedad, en este siglo bárbaro de la guerra europea con la cual hasta el Papa simpatizó, no obstante sus oraciones por la paz de los príncipes cristianos, rezo ¡ay! impotente.

¡Cómo desearía que la ambatenso Musa tomara otros temas de menos manoseo y menos lloriqueantes, más esforzados, más ingenuos, más hondos, más sentidos; argumentos que estudien de cerca la realidad de la vida, la naturaleza palpitante, la ciencia, la humanidad y el ambiente actual que se presta para problemas trascendentales, y no, por ventura, para eucarísticos manjares calentados en chofetal

Si del culto de hiperdulfa no se libertó ni el llamado *poeta filósofo* Julio Zaldumbide, quien se entretuvo, entre sacras mochas, en tirar la pelota mística a uno de los Espinosas, ¿cuánto más la sentimental señora que oyó devotas doctrinas de su beata maestra colombiana Valencia y del moderado historiador de *Bagatelas* Celiano Monge?

Oíd cómo fulge el misticismo de Zaldumbide, en esta filigrana recamada de perlas y rubíes, de brillantes y zafiros; gema de R. Darfo:

«Sigamos, pues, la norma que dejaste:
Purifiquémonos, pues pura fuiste;
Bendigamos el llanto, pues lloraste,
Y esperemos la Gloria que tuviste».

No es un defecto, a la postre, cantar a Marfa. ¿Cómo sustraernos a ciertas predilecciones que están en la médula ecuatoriana, capaz de producir dramas religiosos como los de Broswita?

Sigan, en buena hora, prosadores y poetas, loando a Marfa, completen el florilegio religioso que comenzaron en su infancia, capitalicen el tesoro con himnos a todos los santos, con villancicos de navidad, con elogios a Jacobo de Voragine, sentidas coplas al padre Pedro Guerrero, a José Carrasco, a Mariana de Jesús, a Santa Rosa de Lima, con muchas odas a las basílicas que se inauguren y a los portentos que en Quito y en Guayaquil se sucedan para consolación de los fieles cristianos, despecho de pecadores, desesperación de herejes, alivio de caminantes, faro de navegantes y sufragio de las almas benditas; pero háganlo con calor, con fe, con nuevo soplo de unción, sin fingimientos ni frío devotismo.

Rodó es profundamente místico, cual lo fue Montalvo, ¡pero de qué distinto modo!

Véase cómo su alma piadosa discurre, entre el cielo y el agua, a bordo del «Amazón». «Tengo el sentimiento en el mar. (1) Esas afinidades instintivas con las cosas de la naturaleza, esas misteriosas simpatías que parecen recuerdos de una existencia elemental, no me hablan de mi fraternidad con la montaña abrupta, ni la tendida pampa, ni otra de las duras formas de la tierra, sino de mi fraternidad con las inmensas y ondulantes aguas, con

(1) En «Caras y Caretas» se lee: «Tengo el sentimiento del mar».

el errabundo sér de la ola. Abro el pecho y el alma a este ambiente marino; siento como si mi substancia espiritual se reconociese en su centro.—Siempre me ha parecido propio de conciencias inmóviles, de caracteres apegados a lo fijo y estático, la incomprensión de la belleza del mar y de lo que hay en él de sugestión profunda. Aquí es el reino de la apariencia pasajera y cambiante; de la indefinida sucesión de líneas y de tonos; donde todo relieve y toda figura, apenas dibujados, se dan en sacrificio al movimiento innovador. La inquieta superficie bosqueja, hace miriadas de años, una forma que no llega a precisar jamás. Diríase la porfía indomable del artista que se abraza al material rebelde, y poseído de una norma interior, cien veces recomienza su obra y otras cien veces la deshace. Diríase también la manera cómo en la conciencia verdaderamente viva y dinámica, hierven, pasan y se sustituyen las ideas, sin petrificarse nunca en inmutable convicción.— Como maravilloso simulacro de las nubes, se levanta en el horizonte la bahía de Río Janeiro. No hay mejor espectáculo para quien llega iniciado por el mar en la visión de lo grande y majestuoso. Si cabe fijar en una parte el pórtico de un mundo, éste es el pórtico de América. Esas sublimes líneas de montaña; esas lujuriantes guirnaldas de bosque, esas inmensas y armoniosas curvas de playa, sugieren la idea arquitectónica de un mundo que se abre, de un continente que compendia su infinidad y su carácter en un aspecto capaz de ser abarcado con los ojos. Por este arco triunfal debió penetrar a la Atlántida soñada, para consagrarla en la historia, el genio latino. Aquí, aquí y no en otra parte, debieron tocar las carabelas de la sublime aventura, y plantar el pendón primero y la primera cruz.—Vuelvo a mi mar y mis olas. Dulce empleo del tiempo es verlas nacer, morir y renovarse, y en la dejadez de un semisueño sentir que la inmensidad invade nuestra alma, y como que la penetra de su

espíritu, y no saber, al cabo, si el objeto de la contemplación está en lo infinito de las aguas o está en la profundidad del alma propia. Dulce es entonces asociar a cada ola un pensamiento, una memoria, una ficción, y decirse: ésta, pujante y clamorosa, es la fe que me sostiene, la aspiración que me lleva adelante; aquéllas que blanquean allá lejos son los recuerdos de los que me quieren; esta otra, pequeña y exánime, que prueba a ser y no es, y se disipa en un leve brinco de espuma, es la promesa que dejé incumplida, el sueño mío que murió de niño, el anhelo que no he de realizar jamás»

El misticismo de Rodó revela fielmente la suntuosidad del artista. Con ojo de artista, se emociona ante las catedrales, los monumentos religiosos y los tesoros de las iglesias.

—«Dentro del admirable templo—dice en su visita a la catedral de Barcelona—me transmita Vehils una expresión que recogió de labios de Rodó, acompañando al gran escultor a visitar esa joya de vetusta piedra: «El incommunicable secreto del arte gótico consiste en saber *modular* la luz y la sombra».

Se diría un griego escapado del Partenón para admirar, con una fe nueva, muy siglo XX, las glorias de la época, sin dejar, por esto, las remembranzas de lo que vieron sus ojos desde niño.

De su clásico *Diálogo de bronce y mármol* se escorza la originalidad de su misticismo.

«D. Id.—Perseo: ¿volverán al mundo la alegría, la abundancia de la invención, la jovial energía creadora?

Perseo.—Cuando los hombres vuelvan a creer en los dioses.

David.—¿Con fe de belleza?

Perseo.—No, con fe de religión. El mundo se dará nuevos dioses. A la fe en la divinidad omnipotente e infinita sucederá otra vez la fe en divinidades parciales, númenes benéficos y activos, pero de poder limitado, que ejercerán en ordenada jerarquía el gobierno de las cosas, y con los que se entenderán más fácilmente los hombres, porque la limitación de su poder explicará la de su favor y su justicia. Y dioses y mortales colaborarán en la misma obra universal.

David.—De mi posteridad nació el que vino a redimir al mundo y es el sólo Dios verdadero. Cristo no morirá jamás.

Perseo.—¿Y por qué ha de morir? Bajo el claro cielo de Florencia se conciliaron ya la luz del Evangelio y la filosofía que dictaron los dioses. ¿Ves ese resplandor que dora la frente de mármol de Neptuno? Es el sol que viene de iluminar la altura del Calvario y las ruinas del Parthenón.

Las Vestales de mármol de la logia de Oragn.—¡Apolo! ¡Apolo! Tráenos, para Florencia, nueva inspiración y nueva gloria».

Ante un océano de belleza, en la «Sala de la Niobe» de la Galería de los Oficios, su arranque parece de los Luises de otra época áurea, o de las profundidades de San Juan de la Cruz que ansía aclarar la oscuridad de las almas y entrar en el arcano de sus formas divinas.

«Esta ley interior que nos hace espectadores de nosotros mismos, ¿es singularidad del hombre, o es un radical atributo del sér que, en gradaciones y modos diferentes, abarca desde la conciencia del átomo hasta la del humano pensamiento, para remontarse acaso a luces aún más altas y puras? ¿Qué sabemos nosotros de lo que pasa dentro del animal, de la planta y de la piedra? Sólo comprendemos

el género de conciencia que nos fue concedido, y cuando ideamos las perfecciones de la Divinidad la hacemos consciente a la manera de nosotros. Y si la posibilidad de las formas de conciencia es infinita, ¿quién puede imaginar el género de luz que cabe en el oculto sér de la obra bella? ¿Quién afirma ni niega el contemplativo arrobamiento, la inefable beatitud, que cautela acaso la imposibilidad helada del mármol donde perdura la Belleza?»

Nos abismamos en la llanura sin límites de los sueños, sufrimos ansia de comprensión; extraños acicates, como cilicios invisibles, nos torturan.

Con razón, el poeta amado de Rodó, decía a Domingo Bolfvar:

«Ese es mi mal. Soñar. La poesía
Es la camisa férrea de mil puntas eruentas
Que llevo sobre el alma. Las espinas sangrientas
Dejan caer las gotas de mi melancolía.»

Rodó habría escrito así a la Condesa Emilia Pardo Bazán, desde París, en una como afinidad de sentimientos con Montalvo:

«Yo no diré *de dónde diablos*, como solemos decir en ocasiones de extrañeza; sino de dónde Dios ha ido usted a sacar esa definición que hace de mí en su dedicatoria? «Alma religiosa y pensamiento heterodoxo...» Pues, yo, si hubiera acertado a calificarme a mi gusto, no hubiera hallado expresión más verdadera y expresiva. Sí, sí, ésa es la verdad: mi alma está llena de Dios, de inmortalidad, de gloria eterna, de codicias infinitas. La manera como los hombres han dispuesto y arreglado las cosas del cielo, eso es lo que no cabe en mi pensamiento ni en mi conciencia»

¿No es un alma religiosa y un pensamiento heléico el Maestro de la Ruta de Paros?

IV

Soplan, rugen, se desatan los terribles huracanes, precursores del universal desquiciamiento: huracanes de egoísmo, de odio, de mentira, de sed insaciable de placeres y ausencia de espíritu de sacrificio. El mundo necesita de un fuerte sacudimiento. El material se efectuó entre sangre del orbe. Viene el moral. Su palinguesia, entre himnos marciales y atambores, se cumplirá, cuando algún genio ciclópeo lleve a los pueblos, por el camino del sentimiento, a la abnegación, al martirio, al *magnificat* moral que levante sus corazones. Hay hondo malestar, general apresto del socialismo, aprovisionamiento de reformas y estallido de leyes incendiarias. El vil planeta va hundiéndose, y en el anémico desastre (oh, injusticia miseranda! se confunden los inocentes con los culpados. ¿Quién salvará a las futuras generaciones del naufragio colosal?... El idealista Wilson predica la paz...

Buddha fué una como aurora de redención para el Oriente. Jesús fue el sol secundante para las naciones de Occidente. Del feroz e inexorable brahmanismo, que cayó en el abuso y la intolerancia, Sakyamuni llevó a millares de generaciones a una moral basada sobre los deberes de familia. Jesús condujo a su amada grey por los campos de la paz y la concordia, hasta antes que los viriles germanos hicieran irradiar el astro de la libertad sobre la tierra.

El rey Asoka, absuelto ya de la roña feroz que le consumía, propagó la buena ley en la

India, por medio de la tolerancia, mansedumbre y caridad. Escribió, con letras como estrellas, un edicto inmortal que es el *sursum corda* de la humanidad. «Piyadasí ensalza todas las creencias; y lo hace, ya por medio de limosnas, ya por muestras de respeto; pero el rey no tanto estima las limosnas y muestras de respeto como lo que puede aumentar esencialmente la consideración y la buena fama de todas las creencias. Ahora bien, el punto capital para toda creencia es el ser alabada. No debe ensalzarse más que su propia creencia, pero jamás condenar las de los demás. Aun hay circunstancias en que la creencia de los demás debe ser ensalzada... ¡Puedan los hombres de todas las creencias aumentar en saber y prosperar en virtud».

Nunca, en los augustos ditirambos del cristianismo, que esculpió en letras de oro las estrofas de su magnificencia, por los labios sibílicos y excelsos de un Barnabas que siguió al ilustre peregrino y protagonista de la senda maravillosa de Damasco; de un Clemente, el romano, que, en griegas homillas, hizo las excelencias del nuevo credo; de un Teóforo doctrinario, que cincelaba en pulcro lenguaje, resonaron palabras de tal tolerancia y dulzura, humanal y nazarena.

¡Jesús! Radiosa imagen que circuida de las más brillantes aureolas de leyenda pasas por el valle terrenal, llenándolo de luz y de esperanza, mi labio tiembla nervioso ante tu nombre de bíblica y sublime resonancia.

Desde las regiones infinitas de la inmortalidad, en las cuales moran los varones probos, baja tu numen secular a darme aliento. Te miro radioso por donde quiera, deslumbrando y enmudeciendo de emoción a la humanidad. Todas las energías del mortal se estrellan, cuando, pobre gusanillo de la tierra, osa remontarse a la cima de los predilectos, ora sea

para encomiarlos, ora para, aprovechando sus sabias enseñanzas, purificar a las futuras generaciones con el ejemplo saludable.

Leyendo el salmo de elevación espiritual, que ibas entonando por el mundo, te profeso ardiente culto. Es la adoración muda del pigmeo al coloso, la chispa miserable que, desprendida de la hoguera, va a apagarse en el vacío, el aroma que exhala como con temor la débil planta que brota a los pies del árbol secular de la montaña, el eco que se pierde en la inmensidad, porque ha salido de afónico pecho, sin resonancia ni vigor; la sencilla ofrenda del mendigo al poderoso.

En las ilimitadas regiones de la fantasía, veo, como una evocación de cosas delicadas, tu augusta imagen en los prodigiosos actos de tu vida sonriente y bondadosa, ora ordenando que se presente al maestresala el vino sacado de las tinajuelas en las bodas de Caná de Galilea, ora con azote de cuerdas desalojando en Jerusalén a los mercaderes y a las bestias del templo, ora dando lecciones espirituales a Nicodemo, maestro de Israel; ora junto al pozo de Jacob, en la ciudad de Sichar, hablando de dulce y casto amor a la bella samaritana, despertando en ella la sed ardiente de las almas; ora infundiendo fe y valor al enfermo, junto a los pórticos del estanque de Bethesda en día de sábado; ora en el tranquilo mar de Tiberias dirigiendo frases de confianza cuando soplabla la tormenta, y del otro lado de las aguas alimentando a las muchedumbres; ora al regreso del monte de los Olivos, salvando de la pedrea a la mujer adúltera y perdonándola a trueque de la enmienda; dando luz al ciego que se lavó en las aguas de Silve, sin guardar, el que era la luz del mundo, el día sábado; ora en otras hondas y amables alegorías y parábolas que enseñando están al pueblo.

Los pechos inocentes, preciosos ramilletes que parece que el dedo de la sabiduría se hu-

biera encargado de formar; los corazones sensibles, ocultos manantiales de ternura que se desbordan, aumentando el caudal de las lágrimas; los seres privilegiados, diríjase a Jesús: es él la fuente de paz, él la bandera de triunfo, él la autorcha que ha permanecido encendida siglos de siglos; él ha sido el secreto de la felicidad de millares de almas.

Cuando la frente marchita se abate hasta el polvo, al golpe de las injusticias que caen como un bloque de mármol; cuando el recio arpon de la desgracia lastera la más sensible de las vísceras del hombre; cuando en el temprano invierno de la existencia se hielan las nobles actividades del espíritu con la escarcha del desaliento, con los huracanes de la envidia, con las tormentas de la celebridad, gaje del genio; cuando la calumnia ruge afuera amenazando de muerte al que la ignorancia juzga criminal, porque no es necio; cuando los males, enorme caravana de beduinos, asaltan al viajero en el desierto de la conciencia y le roban cuanto de sagrado posee: pisotean su dignidad, se ríen cínicamente de su honor, le dan la puñalada final del descrédito y asesinan su tranquilidad; cuando, a cada paso, por el tortuoso sendero, tropezamos con las agudas espinas del egotismo que nos desangran ferocemente, el más grande, sin duda, el más sublime de los consuelos es leer la vida de los inmortales, de los superhombres como Jesús.

Su divina palabra, cual delicada lluvia de mansedumbre y de consuelo, cayó sobre la arena enardecida y la fecundó: de los capullos brotaron lirios de pureza; de las espinas brotaron rosas de amor ternísimo; anémonas y esencias de jazmines.

El dijo al pueblo que sufre, a los infortunados de la vida, al proletariado, eterno como el mundo, a la gente sencilla que le rodeaba: — Bienaventurados los pobres en espíritu, los de modestas aspiraciones, los que no os agotáis.



por la vana y efímera gloria; bienaventurados ¡oh vosotros, que padecéis!, ¡oh, vosotros! que estáis tristes, que silenciosamente lloráis lágrimas de profundo sentimiento: al fin recibiréis consolación; bienaventurados los mansos, los humildes, los que ignoráis de los chispazos de la soberbia y de los espumarajos de la cólera, vosotros convertiréis el negro infierno de la tierra en hermosa heredad; bienaventurados ¡oh, corazones rectos, oh, almas de acero! que tenéis hambre y sed de justicia: un día seréis hartos de ella, cuando la iniquidad se hunda en el bátrato social; bienaventurados los misericordiosos, los que sabéis de las excelencias de la caridad, de las inefables fruiciones del perdón, de las divinas reconditeces de la piedad ¡vosotros, ángeles terrenales, rayos lejanos de una estrellal, en los vaivenes de la existencia, también alcanzaréis misericordia; bienaventurados los de limpio corazón, seres puros de conciencia, cándidos pechos de amor y de bien, vosotros, en alas de vuestra fe adorable, volaréis a la calma anímica; bienaventurados los pacificadores, los que fuisteis por el belicoso campamento predicando la concordia, porque sois los verdaderos hijos de la humanidad; bienaventurados los mártires, los débiles, los inermes, los que padecísteis persecuciones por la justicia, los que fuisteis maldecidos, calumniados, perseguidos, blanco del oprobio y de la fuerza, para vosotros habrá regocijo y galardón, alegría duradera, un reino de tranquilidad y bienandanza

Y quien derramó esta semilla consolatriz de bendición sobre el desvalido, el huérfano y el infeliz, dió también ejemplo y animó con sus propias acciones a todos los cuitados, a todas las víctimas del desamparo y de la opresión.

El mártir se ostenta ceñida la corona de espinas del escarnio, apuñalado su hermoso cuerpo con las dagas de la ingratitude, atado a la infame columna de la humillación, en la que están azotándole con el látigo de la male-

dicencia que hace girones la honra. Miradlo; presenciad su transfixión.

Un filósofo de las gentes está confirmando el triunfo cristiano, pleno de libertad, que rechaza el jacobinismo combatido por Rodó:

«La aristocracia de Aristóteles es la expresión de los sentimientos de toda la antigüedad. Ha sido necesario que Cristo viniese a decir a los filósofos atónitos: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos será el reino de los cielos*, para revelar al mundo un dogma que los antiguos desconocían, el dogma de la igualdad. Pero el principio cristiano no ha penetrado todavía en las profundidades de la conciencia humana; la orgullosa teoría de la soberanía de la razón tiene todavía partidarios entre ciertos políticos que quisieran conciliar la aristocracia con la libertad, y lo que es más extraño, entre los individuos de una escuela que pretende reformar la sociedad imponiéndole una organización nueva, en la cual la dirección suprema, los honores y las riquezas corresponden a la capacidad. No han advertido los doctriuarios ni los sausimonianos que resucitaban un error de Aristóteles condenado ya definitivamente por el derecho y por la religión. La democracia moderna rechaza la tiranía de la inteligencia; le reconoce deberes superiores, pero no le concede más privilegios que a los *pobres de espíritu*». (1)

Rodó ansía contemplar a Jesús siempre niño, o, por lo menos, una vez al año. *Mi retablo de Navidad* es concepción original, como lo es *La esperanza en la Nochebuena*, ambas de fuerza emotiva tal, que humedece la pupila. Meditamos en la guerra y suspiramos por la paz y la «concordia entre las gentes», para que alumbre el sol de las virtudes.

(1) Estudios sobre la Historia de la Humanidad por F. Laurent.

¡Cuánto podría discurrir acerca de sus andadas crónicas de vigor descriptivo, fragmentos de una vida, amorfos para España, interés por América, cariño docente, meditación, ofrenda y símbolo del Quijote en los representativos campos de Montiel del Nuevo Mundo, en el cultivo de sus tradiciones, cuánto sobre lo apuntado en *El Camino de Paros*, trunco en mitad de la jornada, esbozo de peregrino, artístico gesto de inteligente cicerone que guía a los profanos de la estética, a los extranjeros del ideal! Sus huellas de viajero en la arena de la vida serán respetadas por el vendaval del tiempo siquiera un minuto, el minuto preciso para impresionar un alma.

Flor de espino son las crónicas; pero las de Rodó resistirán un poco más el soplo de las irremediables desfloraciones....





V

Sugieren ternuras sus cuadros de un pincel maestro, que suele dar nuevos coloridos a las cosas. De varias maneras pinta los crepúsculos, siempre sugestivos.

Esta hipotiposis, admirable, beatífica: «El Campo Santo es, artísticamente, la mitad de Pisa, y él os presenta la idea de la muerte en su forma más sencilla y austera. La inclinación del Campanile es también, a su modo, expresión de abatimiento, de laxitud meditabunda. El mismo cielo, este cielo ideal de la Toscana, contribuye aquí al carácter que señalo, porque manifiesta su más divina transparencia en la agonía de la luz. Yo no he visto en parte ninguna morir la tarde de manera tan soberanamente bella como en Pisa. Mirando desde la curva del Lungarno, véis al Oriente, sobre la ciudad oscura, la montaña, que se envuelve en un suavísimo velo de rosa, mientras, como cincelada en el oro del ocaso, resalta la vieja «Torre de la Ciudadela» y se aureola con la última llamarada de sol, de modo que las encendidas troneras de la torre semejan las dos pupilas de un gigante, que os miran .. os miran ... hasta apagarse en un *morendo* de adiós».

Otro atardecer, en el que parecería flotar el sonido de las campanas del templo vecino, con vibraciones tal vez muy humanas que estuvieran quejándose del mal y añorasen el bien, bálsamo del ánimo. Es en Tívoli

«Amplísimo y glorioso panorama se domina desde los terrados de este Edén. Una familia, de Génova o Savona, recorría al par mfo los jardines, y de pronto oy una voz infantil que decía, con vibrante júbilo, mientras la tendida manecita señalaba el confín del horizonte: — Il mare, il mare!

«No es el mar, sino la campiña romana, que se extiende al pie de las montañas sabinas; pero nada, en verdad, más semejante a la dormida inmensidad marina que aquella monótona llanura, donde de tarde en tarde figen un blancor de olas el reflejo de un techo o el surco de un camino, mientras de todo en derredor se desprende y os llega, en onda penetrante y balsámica,

Il divino del pian silenzio verde

«Como un faro de ese mar ilusorio, se alcanza a vislumbrar, entre los celajes de la tarde, la cúpula de San Pedro».

No es la visión de la amada la que acude, por entre las calles romanas, a cortar rosas de sus jardines a la mística hora en que repican los bronce, ni el brillo de unos ojos de ensueño iluminan las penumbras del crepúsculo. Son focos felinos los que irradian. Nos hallamos junto a la Columna Trajana, rumbo a la Vía Alejandrina.

«La primera vez que pasé junto al Foro Trajano, ya casi entrada la noche, y me asomé a la obscura hondonada, ví deslizarse, entre las rotas piedras y las matas de pasto, una sombra fugaz. A esta sombra siguieron otras y otras, en varias direcciones. Luego advertí que con aquellas cosas pasajeras solían correr unas extrañas lucecillas. ¿Almas de tribunos, de mártires, de héroes, como los que en este venerando suelo de Roma han de reconocer un despojo de su vestidura corporal en cada grano de polvo, en cada hilo de hierba?..... »

Un pasaje parecido nos ha dejado Montalvo, entre sus recuerdos de la Ciudad Eterna. Como le criticasen, su defensa fue admirable, e hizo en ella tal gala de erudición, que sorprende. «Ahora viene el gato, y tengan cuidado con él,—dice riendo Montalvo,—por cuanto Buffon y más naturalistas le tienen por el animalejo más retobado, colérico y agresivo cuando le sacan de sus casillas; si se vuelve sobre ustedes, les hace merced de un puñado de uñas en la *facies hebraica*, y al demonio la querella. ¿Pregúntanme qué tienen de particular los gallos y los gatos de Roma, para haberlos traído a colación con preferencia a los de cualquier otra parte? Tienen de particular que son los que ví ese día en la Roca Tarpeya. Si uno ve un gallo en Roma, y quiere hablar de él, ¿ha de hablar de él o del que ustedes tienen entre sus gallinas?»

Rodó también, siete lustros después del Maestro ecuatoriano, vió que el ruinoso Foro estaba poblado de gatos. «Allí ha puesto su cuartel general, su concilio eucuménico, su populosa metrópoli, la que llamó Quevedo «la gente de la uña». Y se demora, sin que nadie le censure, a clasificarlos y describirlos bonitamente, a bautizarlos de Micifuz, Zapirón y Zapaquilda. No les quiere, y se detiene en filosofías gatunas acerca del «tigre achicado, el tigre de Liliput». De tan vacuo argumento, deduce lecciones sobre la decadencia del imperio romano, comparando su patriotismo con el nuestro: gatuno, egoísta, su civilización de águilas y leones con la nuestra, de remedo de tigres.

Meditabundo en su peregrinación por la cuna del arte, le sorprende la noche, cavilando en la patria y en el futuro de la América, en la fe profunda en sus destinos, en los ricos frutos que se han desprendido de la Magna Encina, madurativos ya en ciudades como Buenos Aires, Santiago, Montevideo. Una femenil y blonda mano amiga ha trazado al margen: Quito.

«Esto pensaba—habla Rodó—al subir las gradas del Capitolio, cuna y altar de la latina stirpe. El sol de una suavísima tarde doraba aquellas piedras sagradas y aquellos árboles que dicen la mansedumbre y la gracia de esta naturaleza. La guerrera imagen de Roma presidía, allá en el fondo, con gesto maternal y augusto. El soberbio Marco Aurelio de bronce evocaba, en una sola imagen, la gloria del pensamiento latino y del latino poder. Sobre las balaustradas de la plaza, los trofeos de Mario. Más allá la estatua de Rienzi, del «último tribuno», diseñando su ademán oratorio sobre los jardines donde juegan en bandudas los niños. Y me acequé a la jaula de la loba que mantiene, allí donde fue la madriquera de Rómulo, el símbolo de la tradición inmensa en tiempo y en gloria; y la vi revolviéndose impaciente entre los hierros que la estrechan. Y me parecía como si, en su presagiosa inquietud, la nodriza de la raza mirase a donde el sol se pone y buscara, de ese lado del mundo, nueva libertad y nuevo espacio».

Ahora un atardecer final, impregnado de la nostalgia de su tierra, en la que tanto sufrió y estuvo a punto de morir de hambre, por la injusticia de unos pocos. Si el Uruguay se ha puesto de pie para venerar su memoria y perpetuarla en el mármol y en el bronce, ha confesado también heroicamente que sus compatriotas colocaron una corona de espigas en las sienes de uno de sus hijos más ilustres. La acuarela es marina, con toda la melancolía y misticismo de esta alma de artista.

«Cae la tarde. Me inclino a contemplar desde la borda, ya los oros y púrpuras de la puesta de sol, ya los alabastros, los mármoles, los ónixes, que la estela del barco compone con la onda transparente. Balsámica emanación de paz y de misterio parece exhalar de la soledad infinita. Veo unas claras pupilas de niño fijarse, con dulce estupor, en una estrella que aparece. Rumor de voces, apaga-

dos ecos de música, remedan la palpitación lejana del mundo. Una mano arroja al viento del mar un montón de papeles rotos, que la ráfaga dispersa en sus vuelos y, a manera de blancos alces, se pierden en la inmensidad».

Letras queridas, añoranzas de la patria, recuerdos de la dama que, cubierta de negro, encaminando está sus pasos al santuario a clamar por el viajero genial; quizá fugitiva saudade por aquel cuerpo divino lleno del místico fulgor de las beldades montevidéanas que esfumándose va en la lejanía; cartas, sollozos, suspiros ¡cuántos sentimientos recónditos llevan esos papeles rotos que ambulau sobre el lomo de las olas!

Rodó, lejos de los seres predilectos, de su noble y anciana madre, se aleja, y se aleja para siempre, acaso con el alma de rodillas, en acatamiento de los suyos. Escruta el horizonte.....

Va, amblando quizá, camino de la isla de los mármoles augustos, en busca de resistente material para las sagradas concepciones fidiannas; va al país del arte, poblado de sugestiones, desde el viejo muro y la piedra de la rúa, hasta el taller de Leopoldo Bistolfi, donde leyó un «documento humano» de la gran hecatombe....



VI

La imaginación—amplio bazar de originalidades, bellezas y amenidad literarias—no venda tóxicos pesimistas ni ridículos juguetes de optimismo, no falsifique la cantera sagrada. Sea la imaginación una sana, una robusta facultad intelectual, mediante la que combinemos, bruñamos, aflagranemos las infinitas ideas existentes, dándolas, en medio de la pompa y el áureo matiz, consoladora finalidad, y hasta la de un ensueño si se quiere, mas no revelador de morbos, sino de riqueza espiritual, que capitalice buenas obras. Lo almacenado en nuestro espíritu forme un conjunto tan brillante y único—mezcla de suntuosas mercaderías orientales—que en vano tratemos de ir en pos de otro que se le asemeje en el mundo sensible, de modo que constituya una verdadera creación que a todos agrade.

Esta potencia inventiva y constructiva nos mejore siempre, nos vuelva invencibles y millonarios de ideales, por lo mismo que ella—la imaginación—permite distinguir materia y forma, aflagranamiento de recuerdos y fluir de añoranzas que se modifican sin cesar, como en un viaje por los espacios sin frontera. Los objetos sensibles, al través de alentadora realidad, ayuden a la imaginación eficazmente, no la vuelvan febril ni insana, tétrica ni espantable.

La filosofía del cauterio, que en la llaga deja su enérgica y radical curación, es salvadora; pero no aquel obscuro remedo de filosoc-

fía que niega méritos en absoluto y critiquiza sin aducir remedios y curas definitivas.

Optimismo y pesimismo, dos enormes fuerzas de la humanidad cuando palpita un magno corazón y se alza un brazo robusto, accionador e infatigable. Los pesimistas que ven el rincón lóbrego, el aspecto destestable nacional, procuren, más que con crítica severa, con el hecho inmediato, aclararlo, tornarlo digno; pero no se conformen tan sólo con demoler y no edificar. Desde este punto de observación, el pesimismo de un pueblo es inconveniente, desalentador, infecundo. El optimismo popular causa mayores bienes cuando la faz amable de los hombres y de las cosas sirve de estímulo y no encarna en vanidad nacional sino en razonada soberbia de la raza.

Rodó, que en privado sufrió mucho y que en público una porción política de su patria le fue hostil, era un seductor optimista. Todos sus escritos exaltan, tienden a transformar la vida en dichosa. Habla de la esperanza como de inagotable manantial que refresca a las almas. «La esperanza humana—ha dicho—es como esas entedaderas a las que basta, para centro y sostén, el tenue rodrión de un hilo. Busca su eje ideal y lo encuentra en una levedad, en un soplo, en una sombra. Por eso persistían eternamente las infinitas formas de la fe, de que nos eximimos los incrédulos. Son los rodrigones de nuestras esperanzas».

En el Ecuador—lo han observado ya algunos modernos sociólogos—va tomando caracteres de epidemia nacional el pesimismo ciego, el que destruye, arroja en fango de burlas lo más augusto, siembra desconfianzas como simiente de cardos y espinas, sume en un sueño de indolencia a las personas, a los hogares, a las instituciones, que no quieren ser blanco de insultos e injusticias. Apóstoles maldicientes se alzaron, con la diabólica carcajada y

el dardo envenenado, a arrojarlo desde la prensa contra todos y contra todo, como un repartidor de males desde las tinieblas. No nos contentamos con las aptitudes, con el afán, con el patriotismo de nadie. La duda reviste de colores sombríos la causa más clara y bien intencionada: antes de la realización del hecho, ya lo damos como fallido, como fracasado, como impracticable.

Parece que Olmedo previó esta matadora dejadez, esta amnesia de la fe, esta astenia nacional cuando, en verso de oro, nos legó esta sentencia puesta en los fúrvidos labios de Bolívar:

«Quien no espera vencer, ya está vencido».

El pesimismo, en la forma desalentadora, irónica y grotesca que está propagándose, nos arrojara de cabeza en las fauces de la inacción y el desencanto.

Lecturas de ensueño y de virilidad como las que solfa prodigar Rodó nos harán bien, conducirán nuestros pasos camino del eterno yacimiento de Paros para los mármoles serenos e inmortales, serán cordial para nuestros dolores públicos y secretos.

Quizá se acallen las voces despectivas, las que en cada prójimo suponen un anémico moral, un tísico de la voluntad, un inepto para las luchas; y en cada agrupación, un germen de corruptelas, especulaciones bajas e imbecilidades.

—¿Al Fulano se le ha encomendado eso?, suelen preguntar con asombro los pesimistas, y añaden:

—No lo ha de hacer jamás. Acuérdense del fiasco. ¡Si conoceré la tela!

Pero no repiten, valientes y abnegados:

—Formémosle buena atmósfera para que realice la empresa, vigoricemos su espíritu, reforcemos sus alas, brindémosle sin mezquindades nuestro corazón, ofrecámosle nuestros hombros.

Un eminente varón público, octogenario curtido en la befa y el sarcasmo para los suyos, cansado tal vez de la lidia liberal y civilizadora, expresaba, con mueca de desaliento, encogiendo las espaldas hasta formar giba, al tratarse de la hegemonía nacional:

—Así débiles somos, no hay remedio. Nos arrollarán. ¡Qué vamos a hacer! Resignación.

Palabras de un gladiador en decadencia, no las rememoremos jamás. ¡Ojalá nunca hubieran sido pronunciadas!

Sigamos el equilibrado optimismo de Rodó, para hacer justicia a nuestros compatriotas de valía, para comprobar las buenas voluntades, para dirigir una mirada a la hermosa laboriosidad y al prestigio del Ecuador. La alabanza equitativa, fundamental, no deshonra. ¿Por qué regatear aplausos merecidos?

¡Y nos quejamos de falta de hombres! Abramos los ojos para verlos.



VII

Cierro su póstumo libro. Una ilustre dama uruguaya, espíritu justo y albo, carácter de justicias sautas y alburas niveas, abnegada maestra de terouras angelicales y sonrisas de dulzor, lo puso en mis manos. Tiene para mí doble encanto: está con anotaciones trazadas por blanca mano, amiga de las hermanas del Excelso Romero, devota de su familia. En la vacía lontananza, parece que comienza a condensarse, como cendales sutiles, su espíritu sagaz, que sus ojos de fuego rasgan los espacios y su boca de guinda murmura una plegaria por el aristocrático hogar, en el que un perpetuo vacío se dilata. Junto al retrato del Maestro, ella ora, en el abierto y nítido volumen de *El Camino de Paros*, de áureas márgenes, hundida la frente, en unión de octogenaria señora, emperatriz de esos imperios de arte.

¿Regresarán los minutos de ensueño que en mi espíritu despertaron ideales del color de la granada? Quizá otra vez torne a ser para mí azul el cielo; quizá de nuevo escuche suaves y aconsejadoras armonías, en medio de la desolación de mi alma.

El Camino de Paros esconde un sortilegio....



Este Libro es propiedad de la Biblioteca
Nacional de la Casa de la Cultura
Su Venta es penada por la Léy

OBRAS

DE

Alejandro Andrade Coello

Rodó (4ª edición)

Nociones de Literatura Nacional (2ª edición)

Vulgata Higiénica (4ª edición)

Algunas Ideas acerca de Educación (2ª edición)

Vargas Vila—Ojeada Crítica de sus obras

La Ley del Progreso—El Ecuador en los últimos
15 años

Maldonado, Mejía, Montalvo, Tomo I

El Viaje Crucis de El Orador

El Perfil del Varón Cívico—Federico González
Suárez

Figuras Educadoras: Antonio Zozaya

El Hálito de la Tragedia—(Poemita dedicado a los
Bomberos de Guayaquil)

El Dr. Manuel Benigno Cueva (Semblanza de un
Educador)

La Tentación—Versos en agradecimiento

Las Brumas de Antonio C. Toledo—Estudio Crítico

Tragedia Floral (Poemita Infantil)

Nicolás Beauvain—El Paroxismo

Orientaciones Periodísticas—Don Manuel J. Calle.

